

Vivir para enseñar: una historia desde el aula

Cinthia Yasmin Vallejo Cortés*

Siempre he considerado que cada persona transita por un camino en el que sus habilidades, capacidades e intereses se entrelazan, orientando la toma de decisiones a lo largo de la vida. En mi caso, desde temprana edad identifiqué una inclinación hacia la enseñanza; actividades como compartir conocimientos, brindar orientaciones, así como mi facilidad de expresión y seguridad al comunicarme, fueron elementos que favorecieron el desarrollo de mi vocación docente.

En mis primeras experiencias, a mis doce años tuve la oportunidad de estar a cargo de un grupo de niños pequeños de tres a cinco años, en la doctrina, lo que representó un acercamiento significativo al ejercicio profesional y fortaleció mi decisión de continuar en este ámbito. Así cada vez que avanzaba en mi trayecto formativo, mis servicios escolares siempre iban enfocados en lo educativo, con tareas muy sencillas pero que siempre tenían que ver con el contacto con estudiantes de nivel básica. Otro aspecto fundamental en mi decisión fue haber crecido en un entorno magisterial, ya que mis padres y mi hermana mayor se desempeñan como docentes. Desde pequeña, tuve la oportunidad de acompañarlos a la escuela, donde observaba de cerca su labor en el aula y la relación que establecían con sus estudiantes, caracterizada por un genuino respeto y afecto.

Con el paso del tiempo, comprendí la complejidad de su trabajo, el cual no se limita a la planificación de actividades para favorecer aprendizajes y el desarrollo de habilidades, sino que también implica una constante organización de su vida personal: traslados, responsabilidades del hogar, atención a la familia y diversas situaciones cotidianas. A pesar de ello, siempre fueron ejemplo de compromiso y dedicación, mostrando un esfuerzo constante por cumplir con cada una de sus responsabilidades.

Durante la preparatoria, al momento de elegir el bachillerato, tenía claro que deseaba ser docente; sin embargo, en esa etapa surgieron nuevas decisiones por tomar: definir el nivel educativo en el que quería formarme, la institución donde continuaría mis estudios y la ciudad a

la que tendría que trasladarme, ya que en mi lugar de origen no existía una escuela normal que me permitiera alcanzar esta meta. A pesar de ello, mantuve firme mi propósito y enfoqué mis esfuerzos en lograrlo.

Este objetivo se concretó al consultar los resultados de la Escuela Normal Oficial de Guanajuato, donde fui aceptada en la Licenciatura en Educación Preescolar. Recibir esta noticia, en compañía de mi madre, representó un momento profundamente significativo, ya que acercaba mi anhelo de convertirme en maestra. En gran medida, la elección de este nivel educativo estuvo influenciada por su ejemplo: su dedicación, compromiso y vocación al trabajar con sus estudiantes fueron una fuente constante de inspiración.

A lo largo de mi formación en la escuela normal, viví un proceso constante de descubrimiento personal en una ciudad que siempre había llamado mi atención. Esta etapa implicó adaptarme a una nueva forma de vida: aprender a vivir de manera independiente, organizar mis tiempos, preparar mis alimentos, trasladarme por la ciudad y asumir con responsabilidad mi formación académica. Así mismo, este periodo estuvo acompañado de experiencias significativas que disfruté junto a mis compañeros, quienes con el tiempo se convirtieron en grandes amistades y dejaron una huella importante en mi trayectoria como normalista.

Al concluir la licenciatura, uno de los principales anhelos de todo egresado de una escuela normal es incorporarse de manera inmediata al servicio docente mediante la obtención de una plaza. Sin embargo, no siempre lo esperado coincide con la realidad. En mi caso, en un inicio pensé que este proceso se daría de forma sencilla; no obstante, pronto comprendí que requería esfuerzo, constancia y perseverancia.

Fue entonces cuando decidí seguir adelante y buscar oportunidades por mi cuenta. Acudí directamente a la Secretaría de Educación de Guanajuato con la intención de obtener un interinato y, para mi sorpresa, la única opción disponible era en el nivel preescolar. Sin dudarlo, acepté el reto. En un primer momento predominaba la emoción por integrarme al ámbito laboral; sin embargo, esta experiencia representó también un desafío que me permitió adquirir valiosos aprendizajes profesionales dentro del contexto escolar.

Durante cinco años continué en la búsqueda de una plaza docente, enfrentando momentos de incertidumbre que incluso me llevaron a considerar la posibilidad de estudiar otra carrera. No obstante, en ese último in-

tento, el impulso de mi hermana mayor fue determinante para no desistir. Decidí prepararme nuevamente y participar en el proceso de admisión al servicio profesional docente, esta vez con mayor seguridad y convicción.

Al llegar el día de los resultados, la espera estuvo acompañada de nerviosismo y expectativas moderadas. Sin embargo, una noche, tras recibir un mensaje de una amiga, decidí consultarlos. Al observar mi posición en la lista de prelación, la emoción fue indescriptible: la probabilidad de obtener mi plaza era prácticamente segura. De inmediato compartí la noticia con mi familia, quienes han sido parte fundamental en este camino.

Aquello que en algún momento consideré lejano finalmente se concretó, incluso en un periodo en el que mis expectativas eran menores. Con el paso del tiempo, esta experiencia se ha convertido en una fuente de orgullo personal y profesional, así como en un recordatorio del valor del acompañamiento familiar. En mis primeros años como docente, enfrenté también el desafío de desempeñarme como maestra foránea, lo que implicó adaptarme a un nuevo entorno y construir un sentido de pertenencia. Hoy, la ciudad en la que laboro se ha transformado en mi segundo hogar, consolidando no solo mi desarrollo profesional, sino también mi crecimiento personal.

Actualmente, logro comprender con mayor profundidad el amor y esfuerzo que mis padres han dedicado a la docencia durante más de treinta años. Su pasión y compromiso en cada ciclo escolar, al acompañar la formación de cientos de estudiantes, me han permitido reconocer el verdadero alcance de esta profesión. Ser docente implica convertirse en un referente para niñas y niños: una figura que inspira respeto, afecto y confianza.

En este sentido, el tiempo compartido en el aula trasciende la enseñanza de contenidos, ya que también brinda la oportunidad de formar personas con valores, empatía y sentido humano, capaces de integrarse de manera consciente a la sociedad. Asimismo, la labor educativa permite que los estudiantes creen en sí mismos y proyecten su futuro más allá de las condiciones familiares o económicas en las que se desenvuelven.

Me han preguntado: si no hubiera sido maestra, ¿qué hubiera hecho? en mi caso, siempre respondo: el ser maestra siempre fue mi primera y única opción. Siempre supe que estaba destinada a vivir en

las aulas, caminar entre las bancas, escribir y limpiar una y otra vez los pizarrones, aprender los nombres de mis alumnos en cada inicio de ciclo escolar, repetir las instrucciones más de una vez, limpiar las lágrimas de los alumnos cuando se caen o llegan tristes a clase, compartir mis alimentos con algunos niños cansados de su refrigerio o que no les guste lo que les envían, ver orgullosa sus logros y avances a lo largo del ciclo escolar, dedicarles unas palabras al final del ciclo escolar y, sobre todo, reencontrarlos después de varios años y que aún me recuerden con cariño y me digan: “¿Cómo ha estado, maestra Cinthia?”.

Si estas ideas no resultan suficientes para responder la pregunta, sería necesario adentrarse en un salón de clases y descubrir la magia que ocurre en tan solo tres horas con hasta cuarenta alumnos. Es ahí donde puede apreciarse, en su verdadera dimensión, el arte de enseñar. En este espacio, el docente se transforma en un profesional capaz de asumir múltiples roles; no porque lo sepa todo, sino porque investiga, indaga y se prepara constantemente para dar respuesta a las dudas y enfrentar los diversos imprevistos que surgen en la dinámica escolar.

A veces nos cuesta dificultad escribir nuestras propias experiencias docentes por pena en nuestra manera de redactar, pero si lo pienso, cada día escribimos historias únicas que serían un deleite para los lectores, en dónde podrán imaginar lo que pasa en las clases, que puedan comprobar que aun existen esos docentes que damos nuestro tiempo, alma y amor por enseñar, que nuestro trabajo se vuelve nuestro lugar seguro en dónde olvidamos dolores físicos, de la mente y poéticamente del corazón.

Con mis casi doce años prestando mi servicio docente, puedo afirmar que cada año que pasa mi enseñanza se transforma con sabiduría, mis experiencias y ambiciones son más profundas para poder apoyar a los alumnos, alentarlos y formar ciudadanos críticos; es eso lo que me llena de motivación para seguir trabajando con las nuevas generaciones que año con año recibiré en mi aula escolar, recordando siempre a esa niña que soñó con ser maestra.

*Licenciada en Educación Preescolar. Educadora en el Jardín de Niños “Ma. Enriqueta Camarillo de Pereyra, en Guanajuato, Gto.
cinvallejo92@gmail.com